

¡Ang Galing! (“¡Genial!”)

por Marie Ricanay y Guy Malfait

“Hola, ¿hay alguien?”

“Ah, Kuya¹ Marko, eres tú”. La voz venía de uno de los lados de la cabaña. Marko vio una mujer menuda que reconoció como Ate² Luz, sentada en una silla de madera. Delante de ella había un gran barreño de plástico lleno de burbujas, era lavandera. Llamó a su hijo: “¡Ronnie! ¡Kuya Marko está aquí!”

Un chiquillo de seis años con un bebé en los brazos asomó la cara por detrás de un viejo panel de contrachapado. Su rostro se iluminó con una gran sonrisa: “¡Kuya Marko! ¡Kuya Marko!”

Marko le hizo un gesto al niño: “¡Hola Ronnie! ¿Cómo estás?” Marko se volvió hacia la madre del chico: “Ate Luz, ya sabe que, todos los miércoles, Ang Galing anima el taller para niños. ¿Puede venir Ronnie hoy con nosotros?”

Ate Luz, inclinada sobre su colada, no respondió enseguida. Luego suspiró y levantó la cabeza, con aspecto angustiado. “Para ser honesta, Kuya Marko, me encantaría poder decir que sí, pero hoy no es posible. No tengo a nadie más para ocuparse del bebé. ¿Ves toda esa ropa? Mientras no haya terminado y no haya cobrado, no podré comprar para que coman mis hijos este mediodía. Lo siento.”

Al oír estas palabras, Ronnie bajó la cabeza con aire afligido. Por muy decepcionado que se sintiera, Marko comprendía la decisión de Ate Luz. Su marido se pasaba el día en la autopista vendiendo botellas de agua o cigarrillos a los conductores atrapados en los atascos y no volvería hasta que ya no hubiera coches, tarde por la noche. Como Ronnie era el mayor de sus hijos, era el único que podía ayudar mientras ella trataba de ganar también un poco de dinero.

De repente, Marko tuvo una idea. “¡Ate Luz, un momento, por favor!” Sacando su teléfono, Marko envió un SMS a sus compañeros que, en aquel momento, empezaban ya el taller de alfabetización con otros niños. La respuesta que recibió un minuto después le devolvió la sonrisa.

“Ate, ¿y si hoy me encargara de Ronnie aquí en lugar de ir a reunirnos con el grupo? No durará mucho”.

Ate Luz dudó, con el ánimo acosado por múltiples cuestiones. ¿Cómo alguien tan grande como Marko podría sentarse con ellos, ya apretujados en la única habitación de dos metros cuadrados? ¿Se estarían tranquilos sus hijos? ¿Qué iba a pensar Marko de la suciedad, de la que era imposible deshacerse cuando se vivía en una cabaña debajo de un puente? Al mismo tiempo, viendo el entusiasmo de Ronnie y de sus hermanitos, Ate Luz no se podía negar.

Al oír a Ronnie gritar de alegría, Marko sonrió para sí. Un solo alumno en lugar de un grupo entero, por una vez, ¡estaría fácil!

Y sin embargo, veinte minutos después, Marko tuvo que admitir que darle una clase a Ronnie en su casa era mucho más difícil de lo que había imaginado.

Estaba en cuclillas en el centro de la estrecha habitación, Ronnie a un lado, los dos más pequeños al otro y el bebé adormilado en una caja de cartón colocada en un rincón. Aunque fuera el final de la

mañana, no había suficiente luz en el interior para poder leer. Así que Ronnie encendió una vela.

Esta vivienda minúscula, empotrada entre otras cabañas del mismo tipo, estaba construida debajo de un puente, justo por encima de las aguas de un canal. Marko sabía que si se le caía uno de sus bolígrafos o una hoja de papel entre los listones de bambú, el objeto acabaría perdiéndose en las aguas negras que corrían justo por debajo. “La vez anterior, aprendimos las vocales, ¿te acuerdas?”

Ronnie asintió con la cabeza. Tomó el bolígrafo y el papel que le ofrecía Marko y escribió, despacio, pero con seguridad: “a – e – i – o – u”.

“¿Estás seguro de que no te olvidas ninguna?”, le picó Marko.

El chico asintió primero con la cabeza, luego, al cabo de un segundo la agitó: “Pues, ¿me he equivocado?”

“No, ¡qué va! Está genial, Ronnie, ¡aprendes rápido! Tienes que tener confianza en ti mismo, exactamente como yo, que confío en ti”. Y abrazó al chico cariñosamente.

Ronnie sonrió y abrió la boca para contestar, cuando oyeron al bebé que había empezado a gritar. Los gritos, al principio débiles y vacilantes, se volvieron insistentes. “Tiene hambre, dame un momento, por favor”, dijo Ronnie levantándose. En una esquina de la habitación, cogió un biberón, le echó leche en polvo y añadió agua. Agitando el biberón con una mano, con la otra levantó al bebé de su caja. Un minuto después, se volvió a sentar en el suelo, meciendo a su hermanita que bebía.

“Perdona, Kuya Marko. ¿Podemos reanudar la clase?”

“Lo siento, Ronnie,”, suspiró Marko, “sólo he preparado cosas de escribir” Pensó un momento. “Espera, dámela, así podrás escribir”. Pero el bebé que no conocía a Marko se puso a llorar en cuanto la cogió.

Ronnie y Marko se miraron desanimados. Sabían que eso no funcionaría. Marko trató de levantarle la moral a Ronnie: “No te preocupes, haremos más la próxima vez. ¿Y si te dejo ejercicios para que los hagas solo? Te pido que los acabes de aquí a mi próxima visita, ¿de acuerdo?”

El chico se animó: “Genial, deberes, ¿como los que se ponen a los niños que van a la escuela?” La idea le gustaba. Eso parecía importante.

“Eso es, como deberes” Levantándose, Marko sonrió a Ronnie y le preguntó: “¿Trato hecho?”

Ronnie respondió con una gran sonrisa: “Trato hecho”

“Mamá, mamá ¿estás dormida?”

Ate Luz abrió los ojos. No se había dado cuenta de que había empezado a adormecerse escuchando la radio, mientras se frotaba las articulaciones doloridas.

Por un instante, Ate Luz se sintió desamparada. Sin su marido, que se iba a trabajar desde muy temprano por la mañana para no volver hasta muy tarde por la noche, los días sola con los niños eran demasiado largos. ¿Qué haría ella sin Ronnie?

“¿Mamá?” Ronnie se inquietó. La cara de su madre se había endurecido bruscamente, tanto que se preguntó si no habría debido dejarla dormir.

Se oyó una canción en la radio que hizo sobresaltarse a Ate Luz.

“Sana’y di magmaliw ang dati kong araw

Nang munti pang bata sa piling ni Nanay...”³

Las palabras le hicieron poner punto final a su sombrío ensueño. ¿En qué pensaba? Con sólo seis años, ¡su hijo era demasiado joven para cargar con el peso de un adulto! ¿Había olvidado su promesa? Ate Luz se reprendió a sí misma, al acordarse de que cuando nació Ronnie, se había jurado hacer cualquier cosa para que tuviera una vida mejor que la suya.

“Mamá, ¿va todo bien?” Ronnie empezaba a sentir miedo al ver el rostro de su madre.

Ate Luz reprimió sus lágrimas y sonrió a su hijo. “Todo va bien, no te preocupes. Solo es que hoy estoy muy cansada.” Al ver las hojas de ejercicios por el suelo, le preguntó: “¿Qué es eso?”

Cohibido, Ronnie le acercó los deberes a su madre. “Es la tarea que me ha puesto Kuya Marko: ejercitarme en escribir las letras y los números. ¡Es súper fácil, Mamá! ¡He conseguido hacerlo todo de un tirón desde que se durmió el bebé!”

Ate Luz se acordó de que mientras planchaba la ropa y el bebé dormía, el chico estaba zambullido en sus hojas. Examinó los ejercicios y lo encontró todo correcto. Pasó las páginas, con el corazón lleno de orgullo. “¡Genial, Ronnie! Está perfecto. Oh, hay un pequeño error aquí, al deletrear tu nombre.”

“¡Oh no! Lo siento, Mamá”, dijo Ronnie, con aspecto alterado.

“No es importante, ya está muy bien, lo vas a conseguir pronto”, dijo Ate Luz dándole un beso a su hijo. “Lo harás de nuevo antes de ir a acostarte”.

“Hola ¿hay alguien?”

En su visita siguiente, unos días después, Marko se quedó asombrado. Ate Luz no estaba en el sitio donde hacía habitualmente la colada, afuera, al lado del grifo. ¿Estaba enferma? Un vecino le hizo señas a Marko de que avanzara por el pasadizo oscuro que discurría entre las viviendas bajo el puente. Ate Luz estaba allí perfectamente. Agachada sobre el barreño, lavaba la ropa como de costumbre. Pero, ¿por qué lo hacía en la oscuridad, tan lejos del grifo? Los cubos eran pesados de llevar por este camino tan largo. ¿Había cambiado sus costumbres tras una disputa con algún vecino?

Mientras Marko se hacía todas estas preguntas, oyó a Ronnie y a sus hermanos que le llamaban desde detrás del panel de contrachapado que separaba la cabaña del pasadizo. Ate Luz intentó empujar el barreño para dejar un poco de sitio a Marko.

En ese momento dos piernas aparecieron por arriba y bajaron por una escalerilla. Era Ate Myra, con el bebé de Ate Luz en brazos. Marko la conocía bien. Su hijo había participado en el taller de alfabetización el año anterior y luego se había matriculado en el colegio.

“Ya está, ¡acabó por dormirse!” exclamó Ate Myra. “Oh, Kuya Marko, perdona, no te había visto. ¿Cómo estás?”

“Sigo animando el taller de Ang Galing para los niños los miércoles”. Volviéndose hacia Ate Luz,

Marko dudó antes de preguntar suavemente: “¿Cree que esta vez, Ronnie podría unirse a nosotros?”

Ronnie dirigió a su madre una mirada llena de esperanza.

Ate Luz sonrió: “¡Por supuesto, no hay problema! Ponte primero una camisa limpia”.

“¿Estás segura, Mamá? ¿Quién se ocupará del bebé?”

“¡Esa es la razón por la que me he instalado en este lugar! Desde aquí, puedo ver a todos los niños. Y Ate Myra ha prometido ayudarme si el bebé diera problemas. Hablamos de ello ayer por la tarde. Ahora, date prisa y ponte las chanclas, Ronnie. ¡Kuya Marko te espera!”

Sonriendo a las dos mujeres, Marko las despidió con agradecimiento: “Ate Myra, su generosidad es un auténtico regalo”.

Ella respondió también con una sonrisa: “¡En eso se basa nuestra amistad! ¡Gracias por lo que haces por nuestros hijos!”

Cuando Ronnie y Marko salieron del pasadizo para reunirse con los demás niños participantes en el taller de Ang Galing, Ronnie le enseñó sus deberes a Marko.

“¡Genial, Ronnie!”, dijo Marko mirando las hojas.

“¡Mamá dijo que todo estaba bien!”

Marko estuvo de acuerdo.

“Excepto por mi nombre, añadió Ronnie enseñando el fragmento que había tachado. Pero luego me enseñó a escribirlo como es debido. Mira”. El muchacho volvió las páginas y enseñó toda una lista de nombres tachados, excepto el último, escrito correctamente. “Se me olvida todo el rato cómo hay que hacerlo, pero Mamá dice que es cuestión de entrenamiento y que acabaré por acordarme de ello”.

Ronnie rió con timidez.

“Genial, ¡es realmente formidable! Quieres mucho a tu Mamá, ¿no?”

Ronnie asintió con una gran sonrisa: “pues, sí, ¡claro!”